La Metresa en sueños de alquimia

El hombre salió al patio y contempló inexpresivamente al perro atado al árbol. Luego soltó la cadena y regresó al interior de la casa. El perro, que era de madera, siguió inmóvil y silencioso debajo del árbol. La cadena se estiró levemente y desapareció arrastrándose entre los guijarros.

La muerte de Lida Sal

Estaba en su ataúd. Lida Sal se había suicidado anoche administrándose una cucharada de vidrio molido. La tarde del jueves se la pasó mirándose al espejo, reformulando una tesis que había extraído del fragmento de un poema. Según el fragmento, si una persona moría, su imagen podía salir del espejo y tomar su lugar. Esa tarde, Lida Sal creyó de nuevo que su imagen era ella misma; sólo que sin tristeza ni frustraciones. El ataúd, como todos los ataúdes, era nuevo y de madera; pero además traía pegado en el cristal de la tapa una nota que Lida Sal había dejado: «Esta que veis aquí no soy yo. Es sólo un cuerpo que me contuvo. Yo estoy en otra parte». Sin embargo la siguen llorando. Pasan los años y en el barrio aún a veces la lloran, y lamentan no haber vuelto a conocer a una mujer como Lida Sal.

(de *Papeles de Astarot*)

La ruta del corazón

Luego de ganar la fortuna del amor, el amante fluyó hacia el interior de la amada. Llegó al corazón, donde una puerta se abrió y cerrose a sus espaldas. Drogado de pasión, el amante vagó inmerso en la penumbra rojiza. El corazón semejaba un mecanismo de reloj, aunque sus piezas tenían múltiples y extrañas formas de cuchilla. Las cuchillas tejían su infinita cadena sobre el cuerpo del amante, sin destruir la dulzura del amar. Leve sierra mordiendo tiernamente la carne enamorada. Súbitamente, el corazón pareció atascarse e invirtió su movimiento mecánico. El amante fue expulsado con rapidez y la puerta cerrose pesadamente. Solitario. Sólo al caer a los pies de la amada, el amante descubrió que había salido hecho pedazos.

La elección de un amante

Una mujer tenía dos amantes. Uno era flor de espina, rosa de pasión: calvario si desapareciese un día. Al otro lo amaba igual. La mujer preguntó al uno: Vos que sabéis cuanto os amo, si uno de nosotros tuviese que morir, ¿escogeríais morir en mi lugar? A lo cual el amante, dolido en el corazón, respondió que sí. Y ella lo besó amargamente, y lo abandonó. Luego fue al otro e hízole la misma pregunta. El amante, mirada cuarteada de lágrimas, le respondió que no. La mujer lo besó embriagada de gozo y lo continuó recibiendo secretamente en su jardín.

(de *La rosa y el sudario*)

The Clash (Épica geométrica), Roberto Silva Ortíz.
Óleo sobre tela. 2013